

no habeis hallado algunas veces en el fondo de alguna galleta una carta escrita en la juventud? No os habeis sorprendido al leerla, y no habeis visto pasar á través de las lágrimas la hermosa imagen de vuestros primeros años? Y comparando amargamente el estado presente de vuestro corazón, no os habeis preguntado, si es cierto que de ese mismo manantial, hoy casi seco, fué de donde salieron todos esos tesoros de entusiasmo y de fe, de gracia y de virtud y de expansivo amor? Cartas como estas escribía Mauricio á los veinte años.

Los días de correo eran días de fiesta en Valtravers. En

LA MAL'ARIA.



Exposicion de 1850-51. — La Mal'aria (el aire malo), cuadro por M. HEBERT. — Dibujo de T. GARDET.

Este cuadro representa una familia italiana que huye de la peste, ó mas bien que la lleva consigo; la fiebre consume á esas pobres mujeres; el veneno del aire malo corre por sus venas; la atmósfera está pesada y triste; las aguas del Tiber se arrastran lentamente, y el remo abre con mil trabajos sus ondas amarillentas. Las bocas están mudas; los ojos apagados se buscan pidiéndose mutuamente una esperanza. — Por qué se ha esperado hasta tan tarde? El mes anterior se habría debido salir. — Pero interrumpir el trabajo, alejarse sin otra causa que el temor del peligro, como los viajeros ó los romanos ricos, era tambien una locura: qué hubieran dicho los vecinos? En tanto que los brazos tuvieron bastante fuerza para obedecer á la necesidad, en tanto que se vio errar una sonrisa en los labios de Geneveva, en tanto que estuvo libre del mal, nadie se atrevió á quejarse; pero cuando una mañana la pobre joven se levantó dos veces, y dos veces dejó caer su cabeza lánguida, cuando su palabra débil y cortada dejó traslucir su dolor, entonces exclamó la pobre madre: — «Al Tiber! á la barca, huyamos; salvemos á la po-

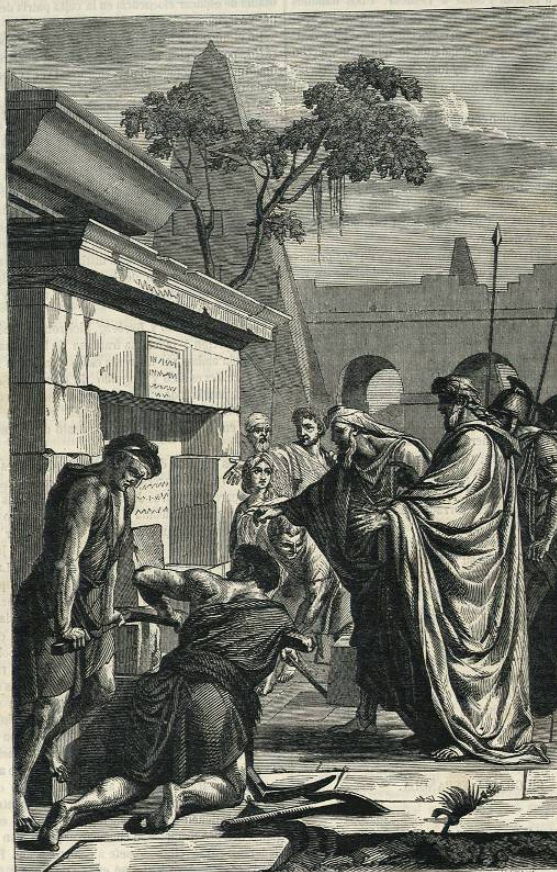
bre Geneveva! » y el padre, los hermanos, las hermanas, todos, sin responder obedecieron. Ahí están inquietos y turbados: el aire infecto les rodea aun, pero paciencia, cada minuto que pasa les va alejando. Los siete montes bajan ya detras del horizonte; bien luego una brisa fresca, un cielo puro devolverán el valor á esos corazones atriados; una vez fuera del desierto romano, lejos de la epidemia, cuando Geneveva haya empezado á respirar de nuevo, volverá á renacer la confianza.

(Se continuará.)

Este cuadro de M. Hebert es de los pocos que han merecido unánimes elogios en la exposicion de este año. Esta escena sencilla y verdadera es poética como una elegía de Millevoye ó de Andrés Chenier; fué vista en Roma por una imaginación noble y poética y ha sido pintada con un pincel tan entendido como delicado.

En efecto todos los años en una estension de mas de cien leguas alrededor de Roma, reina un aire mofético cuya causa es desconocida hasta aquí á pesar de tanto como se ha dicho desde hace mas de 2,000 años.

EUSTAQUIO LESUEUR.



E. LESUEUR

CRABEON DEL

LEBRUN

Dario mandando abrir el sepulcro de la reina Nitocris.

La posteridad rectifica muchas veces los fallos de los contemporáneos acerca de los hombres y de las cosas, y así sucede, que al cabo de algunos años, reputaciones muy subidas descienden, y viceversa.

Esto es lo que ha sucedido justamente con Lebrun y Lesueur.

Ningun hombre ha reinado de un modo tan absoluto sobre las artes durante su vida como reinó el primero; ningun pintor pudo vanagloriarse de haber sido tan protegido y ad-

mirado por un gran rey, como lo fué Lebrun por Luis XIV, y jamas tampoco se vió un artista superior sacrificado siempre á un rival afortunado, como Lesueur lo estuvo al pintor Lebrun. Y sin embargo en la escala gerárquica del arte la crítica moderna ha colocado á ambos en puestos bien distintos: Lesueur en la cúspide y Lebrun mas abajo. Empero debemos confesar que esta justicia remunerativa no habia esperado á la posteridad para pronunciar su fallo.

El presidente Lambert habia mandado pintar varias partes

serlo *Tiraboschi* y *Bettinelli*, dice al censurar a este gran de su palacio a Lebrun y otras a Lesueur. Unos italianos que estaban viendo estas pinturas, y se hallaron en los apóstolos con un personaje que no conocían y que estaba viéndolos como ellos, le dijeron señalando lo que había hecho Lebrun: «esto no vale nada» y luego volviéndose hacia las pinturas de Lesueur añadieron: «pero en aquello se ve al maestro italiano.»

El desconocido a quien comunicaron este fallo no era otro que el mismo Lebrun.

Cuando hablemos de la muerte de Lesueur volveremos a hacernos cargo de esta rivalidad. Digamos solo ahora que Eustaquio Lesueur nació en París en 1617, de un padre escultor, el cual, reconociendo en su hijo las mas felices disposiciones para la pintura, le puso a aprender cuando era joven en el estudio de Vernet.

El discípulo no tardó en hacerse maestro y de los primeros. Entre los inmensos cuadros que pintó durante su vida, que fue bien corta por cierto, puesto que murió a los 38 años, uno de los mas notables es el que se titula: «Dario mandando abrir el sepulcro de la reina Nitocris.»

Hé aquí lo que cuenta el historiador griego Herodoto sobre esta antigua aventura:

«Esta reina se mandó erigir un sepulcro sobre la azotea de una de las puertas mas concurridas de Babilonia con la inscripción siguiente que fué grabada tambien por orden suya: «Si alguno de los reyes que me sucedieren en Babilonia llegase a carecer de dinero, que abra este sepulcro y tome de él todo cuanto quiera; pero ya puede guardarse bien de abrirle por otro motivo, ó si no se encuentra en mucho apuro: esta infracción le seria funesta.»

«Este sepulcro permaneció cerrado hasta el reinado de Dario; pero indignado este príncipe de no hacer uso ninguno de esta puerta, porque no hubiera podido pasar por ella sin tener un cadáver sobre su cabeza, y ademas queriendo utilizar el dinero que estaba depositado allí, le mandó abrir, aunque sin hallar otra cosa que el cuerpo de Nitocris con este letrero: «A no haber sido insaciable de dinero, y ávido de un tesoro vergonzoso, nunca te habrias decidido a abrir las tumbas de los muertos.»

En otro artículo veremos que Lesueur, lo mismo que Poussin, ha tomado siempre sus asuntos en un orden de hechos y de ideas esencialmente moral, y que siempre ha sabido conservarse a una grande altura en las esferas mas puras y serenas del arte.

J. J. ARNOUX.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

LUCANO.

Mucho disienten los escritores de nota al hablar del nacimiento de *Lucano*, y como el adoptar uno entre tantos pareceres diferentes ó tal vez esponer el nuestro, podría calificarse de parcialidad ó de necia presunción literaria, nos absteneremos de asegurar nada sobre el particular, contentándonos con repetir lo que hasta la fecha se sabe de positivo, esto es, que mas de diez ciudades españolas se disputan el honor de ser patria de este poeta, entre ellas Córdoba, que junta á otras respetables la grave de *Pedro Crinito*.

Lucano, nieto de *Séneca* el retórico, vino al mundo en 3 de noviembre del año 38 de la era cristiana: habiendo seguido en su juventud la carrera de las letras, en la que tuvo por maestros á *Remmian Palomax* y *Flavio Virgilio* fué mas tarde uno de aquellos eminentísimos varones, que en el

siglo de oro de la literatura italiana, tuvieron la científica osadía de explicar elocuencia en la cuita patria de los Cicerones y Virgilio.

En el año 61, á los veinte y tres de edad, compuso la *Farsalia*, poema épico que ha llegado hasta nuestros dias con una inmensa popularidad, siendo tal vez la obra mas acabada de su tiempo.

A pesar de la desventajosa posición que como extranjero y español debía tener *Lucano* en la corte imperial de los Césares, fué impresa en Roma la *Farsalia* mucho ántes que la *Eneida*, circunstancia que da á entender la preferencia que los romanos no pudieron menos de otorgar á la obra de nuestro compatriota el mas distinguido de la familia *Annea*.

Mas tarde (en el siglo XV) cuando la Italia toda veneraba las cenizas de Virgilio, reputándolo con razon ó sin ella por el primer poeta épico del mundo, la *Farsalia* mereció ver la luz pública en nueve ediciones distintas, no llegando á cuatro las que se hicieron de la *Eneida*. En el siglo XVI, se agotaron treinta ediciones del poema *Lucano* y una mitad escasa del de Virgilio.

El abate *Marolles* y *Brebeuf*, hicieron en el siglo último una traducción á la lengua francesa de la *Farsalia*, distinguiéndola ambos por diferente estilo y cada uno á su manera. *Marolles* es seco y lánguido de espresion, *Brebeuf* es enfático, puntiagudo y gigantescos: por eso no reconoce nadie la obra de *Lucano* ni en el tribunal y recitando poema del uno, ni en el hiperbólico acumalamiento de secundas del otro.

Despues de estas dos imperfectas traducciones francesas no había vuelto á hacerse mérito de *Lucano* hasta que en 1766, aparecieron otras dos versiones simultáneas de la *Farsalia*. La primera debida á *M. Masson*, tesoro del rey, es bastante exacta y apropiada para dar á conocer al *Lucano* del tiempo de Neron con todos los atavios de su juventud, y los defectos del mal gusto dominante de su siglo. La segunda, obra de *Marmontel*, es tan elegante como escrupulosamente literal y ajustada á los buenos preceptos. *Marmontel* espresa á veces con mas sencillez que *Lucano* las grandes ideas y las bellas narraciones de la guerra civil entre César y Pompeyo: considera la *Farsalia* como un árbol vigoroso, lleno de follaje, en el que es preciso suprimir las ramas inútiles y defectuosas sin apelar á la podadera: mas sin embargo de su buen propósito, no deja de servirse de la fatal herramienta para eliminar por completo en el primer libro el largo apostrofe á Neron, fragmento de adulacion temeraria que Virgilio puso en moda en su célebre invocacion de las *Georgicas*. En los puntos donde *Lucano* aparece algo oscuro el académico frances prefiere alargar el texto á comentario con notas superfluas; por eso las que se encuentran en su traduccion tienen solo por objeto, como él dice, explicar algunos detalles menudos, ó conciliar al poeta con los historiadores, cuyas citas somete á comprobacion. Por lo demas la obra de *Marmontel* no carece de faltas, y en mas de un pasage oscuro, al interpretar los que spellida detalles mimuciosos, nos parece que no ha adivinado el sentido del original, ni mucho menos el pensamiento energético y elocuente del discípulo de *Séneca*. Por último la *Farsalia* ha merecido el honor de ser traducida á casi todos los idiomas conocidos.

Si las ovaciones materiales que acabamos de citar, fuesen insuficientes para el completo elogio de *Lucano*, bastaria lo que relativamente á sus obras han dicho en distintas épocas los mas señalados escritores.

Un poeta francés, enemigo de *Lucano* como manifestan

poeta. «Que fué un hombre de genio, pero sin regla, sin freno y sin gusto: con todo añáde, es preciso leer su *Farsalia*, tanto por poder admirar el carácter de la poesia, donde sin embargo de sus defectos, hay muchas bellas imágenes, cuando por distinguir los rasgos de talento que se encuentran sembrados por todo el poema. Los jóvenes deben mirar con precaucion una obra que se resiente, mas que de los pocos años del autor, del estoicismo filosófico adquirido en la escuela de su familia.»

Los PP. *Mohedano* en su historia literaria de España, aseguran con frecuencia á un autor italiano, que *Séneca*, *Lucano* y *Marcial* no fueron menos señalados en ingenio que *Ciceron*, *Virgilio* y *Catulo*, y que como *Veleyo Petreúlo* y *Tácto* eran los mejores historiadores de su tiempo, del mismo modo *Lucano*, *Séneca* el trágico y *Marcial* fueron los mejores poetas, no inferiores á *Juvenal*, *Persio* y *Stacio*. — *Pedro Corneille* dice, que prefiere el fuego de *Lucano* al entusiasmo calculado de *Virgilio*. — *Du-Hanel* asegura que *Lucano* sostiene con mas vigor la dignidad y consecuencia de su héroe que *Virgilio*. — *Jacobo Palmerino* no teme manifestar que escude á *Virgilio* en algunos puntos interesantes. — *Tiraboschi*, grande enemigo de las glorias literarias de España, califica sin embargo á *Lucano* y *Marcial* como los mejores poetas de su siglo. — *Voltaire* por su parte asegura, que ha encontrado bellezas en la *Farsalia* que no se hallan en la *Iliada*, ni en la *Eneida*. — *Lucanus ardens et concitatus et sententis clarissimus*, que dijo *Quintiliano*, y por último, dejando de citar á *Marcial*, que tambien le encomió, el ilustre *Marmontel* hablando de la *Farsalia*, se espresa de este modo: «En este poema se hallan versos de sublime belleza, pinturas delineadas con una valentia igual á la de *Homero*, pensamientos de una intencion y profundidad asombrosas, y un caudal de filosofía que no se encuentra en ninguno de los otros poemas conocidos.»

Despues de tan respetables y sabias opiniones nada podríamos nosotros añadir en abono de tan sublime ingenio. *Lucano* murió, no se sabe en que punto, el año 65 de la era cristiana. Obtuvo el empleo de questor y el favor del príncipe César Neron, á cuya venganza política y literaria fué no obstante sacrificado, recitando al morir estos versos del libro 3^o de la *Farsalia*:

*Scinditur avulsus nec sicut vulnere sanguis,
Emicuit lentus, raptis cecidit undique venis,
Discursusque animo diversa in membra meantis
Interceptus aquis: nullus vita perempti
Est tanta dimissa via.*

F. SEPULVEDA.

FOSIL ANTIDILUVIANO.

DESCRIPCION DE LA CABEZA DEL DINOTERIO GIGANTE.

M. Klipstein, á quien animaba *M. Kaup* con sus consejos comunicándole su misma infatigable afición, hizo escavaciones en una propiedad suya cerca de *Eppelsheim*, pequeña ciudad situada á la orilla izquierda del *Rhin* en el gran ducado de *Hesse*; y en ella tuvo la suerte de descubrir una cabeza entera y bien conservada del *dinotherio* gigante. Hasta entónces el gabinete de *Darmstadt* solo había poseído pequeños fragmentos, y entre las numerosas osamentas que las cercanías de *Eppelsheim* suministraban á dicho gabinete no se habían encontrado todavía mas que seis cabezas pertenecientes á animales menores que el *dinotherio*: es decir:

al *rhinoceros schleiermacher*, al *acrotchriam incisurum*, al *arctomys premigenda* y al *spermophilus superciliosus*.

Creemos complacer á los geólogos experimentados diciendo desde luego algo sobre el modo como esta cabeza tan enorme como frágil fué sacada del fondo de una zanja de diez y ocho pies de profundidad, en la que estaba adherida una parte del cráneo á una capa de arcilla.

Empezóse la operacion escavando al rededor y debajo de la cabeza, dejando seis columnas de tierra que la sostenian. Tratóbase de pasar cuerdas por los intersticios de estas columnas para levantar la cabeza á la superficie; pero como la presion de las cuerdas hubiera podido deteriorarla, *M. Kaup* hizo sustituir diez columnas artificiales de yeso á las seis naturales de que hemos hablado; luego hizo arreglar una espesa capa de yeso debajo de la cabeza, cuyas partes desunidas se untaron de aceite y lardo á fin de que no quedasen adherencias entre ella y el yeso; así pues, la cabeza descansaba por todos sus puntos en una capa artificial, al traves de la cual hicieron pasar barras de hierro terminadas en anillos. Ataron á estos una cuerda, y doce hombres robustos colocados en unos andamios, pusieron manos á la obra, y en presencia de una muchedumbre que alli pareció de todas las poblaciones del contorno, sacóse de la profunda zanja la cabeza con la capa de yeso que la servia de sosten. La colocaron en un carruaje, el cual con lentitud la llevó á la pequeña ciudad de *Aizei*, y de esta á *Darmstadt*.

Cuando, hace siete años, *M. Kaup* dió á conocer la mandíbula inferior del *dinotherio* ante una junta de naturalistas en *Berlin*, todos los zoólogos, incluso el célebre *Cuvier*, creyeron que el *dinotherio* era una especie de tapir gigantesco. No vieron que á escepcion de alguna semejanza entre los dientes molares de estas dos especies ningun otro carácter de analogia presentaban. En cuanto á *M. Kaup*, se ha creído bastante autorizado para hacer del *dinotherio* una familia particular que ha colocado al lado de los *perezosos* y de los *pangolines*. El cráneo del *dinotherio* difiere enteramente del de los demas *pachidermos* y de los *fósiles sin dientes*.

Hé aquí la descripción de la cabeza del *dinotherio*. A primera vista sorprende ya lo enorme de la fosa temporal, y de la mandíbula inferior, el músculo masotero destinado á moverla debió tambien de ser enorme. Obsérvanse ademas con interés las pequeñas órbitas abiertas hacia atras, colocadas posteriormente encima de la primera y segunda muela. Los arcos zigomáticos son débiles, y los dos condilos destinados á articularse con el atlas, ó primera vértebra cervical tienen una situacion muy alta.

El ángulo formado por la cara superior de los huesos frontales y la del occipital no pasa de 39 á 40 grados, al paso que en la mayor parte de los mamíferos tiene 90, y mas aun en la ballena.

La cara inferior de la cabeza deja ver la abertura nasal, que es muy estrecha, los orificios que dan paso á los nervios ópticos, que son de enorme volumen, y en fin la considerable anchura de la parte posterior.

En la parte superior de la cabeza se vé una cavidad muy grande que recibe la trompa. Los huesos nasales faltan enteramente; los frontales son muy cortos. La estensa superficie de todos los huesos y sus numerosas desigualdades son señales de la fuerza de los músculos que á ellos se adherían y que servian para los diversos movimientos de esta cabeza.

M. Kaup opina haber sido el *dinotherio* un animal terrestre que vivia á orillas de los rios, que debió d'arse len-

tamente, y que sus enormes colmillos encorvados hacia abajo (al revés de lo que comunmente se vé, y de lo que él mismo antes creyó juzgando solo por fragmentos), le servían para escarbar la tierra y arrancar de ella raíces y tubérculos, que luego llevaría á la boca valiéndose de la trompa. Crece tambien que los dientes incisivos debieron ser en el dinotherio un medio de locomoción, que sus piés armados de enormes uñas debían escarbar la tierra. La forma de la parte posterior de la cabeza, muy semejante á la de la ballena, viene en apoyo de la opinion del célebre Bakland, geólogo inglés, quien cree que el dinotherio fué animal acuático, sin destruir por esto la opinion de M. Kaup.

APUNTES ESTADISTICOS.

El hombre es cosmopolita y existe en todas las temperaturas y climas. Se evalúa en mil millones el número de habitantes en la tierra.

Se cuentan tres generaciones por siglo, suponiendo á cada una de 33 años; desde el principio del mundo hasta ahora ha habido 475 generaciones, y 55 desde la era vulgar.

Para un espacio de terreno igual, en que exista un hombre en Siberia, existen 3 en Noruega, 4 en Suecia, 36 en Turquía, 52 en Polonia, 63 en España, 99 en Irlanda, 114 en Suiza, 127 en Alemania, 152 en Inglaterra, 153 en Francia, 172 en la Italia septentrional, 192 en la Italia meridional, 224 en Holanda, 4,103 en Malta.

Se hablan 3,064 lenguas sobre la tierra, á saber: 587 en Europa, 937 en Asia, 276 en Africa, y 1,264 en América. Los hombres profesan mas de 1,000 sectas ó religiones.

El número de hombres y mujeres es casi igual: es verdad que sobre 40 niños nacen 24 varones; pero tambien guarda la misma proporcion la mortalidad de la niñez.

La cuarta parte de los habitantes del globo vive en las grandes poblaciones.

La vida media del hombre es de unos 33 años. De las personas que nacen, la cuarta parte muere antes de los 7 años y la mitad antes de los 17: de modo que la mitad de las personas que sobreviven á esta época, gozan de una dicha rehusada á la mitad del género humano.

Sobre 40,000 hombres suelen llegar uno á los 100 años. Sobre 100 solo hay 6 que lleguen á 66; por cada 500 llega uno á 80.

Contando sobre la tierra mil millones de habitantes mueren cada año 33,333,333 poco mas ó menos; cada día 91,324, cada hora 3,880; cada minuto 63; y cada segundo, uno; esta pérdida está compensada con los nacimientos, cuyo número sobrepaja en un vigésimo al de las muertes.

El menor grado de vitalidad es de 1 por 60.

Los casados viven mas tiempo que los solteros.

Los que tienen una vida activa y sobria viven mucho tiempo.

Los hombres de elevada estatura suelen vivir mas que los pequeños.

Las mujeres viven menos que los hombres hasta 60 pasado este tiempo tienen mas probabilidades de vida.

El número de matrimonios es el día al de los habitantes de un país como 275 á 1000.

El mayor número de nacimientos se verifica en el mes noveno despues del equinocio ó del otoño, es decir, diciembre y junio. Los que nacen en la primavera se hacen mas fuertes y mas sanos.

Los partos son mas frecuentes de noche que de día en la relacion de 5 á 3.

Mucho mayor número de personas durante la noche que durante el día, en la relacion de 40 á 6.

En toda poblacion puede evaluarse la cuarta parte de los hombres en estado de llevar las armas y soportar los trabajos de la guerra.

CANCIONES CAMPESTRES.

— Qué hará Jenny? — preguntan los de la quinta mostrándose con los ojos á la jóven que vuelve del campo con la hoz debajo del brazo.

La misma Jenny no podria decirlo: colocada entre dos destinos no sabe decidirse por ninguno.

A la falda de la montaña hay una pobre choza donde viven su madrina y Williams, el hijo de la buena anciana. Allí quisiera llevarla la que durante tanto tiempo la sirvió de madre. Mil veces la ha enviado ya recados para llamarla! muchas veces ha ido Williams á buscar la respuesta, pero Jenny no se resuelve todavia. Dejará la hermosa quinta de Jorge, por la choza en donde se ha criado? Cambiará los gozos de la riqueza por las angustias de la indigencia? Preferirá el pobre paisano de aldea al rico labrador? Será el consuelo de Williams ó la alegría de Jorge?

La jóven titubea, y sin embargo se inclina, aunque sin quererlo, hácia el oro y el placer; compara en su pensamiento aquellas hermosas llanuras cubiertas de espigas con los cotarros escabrosos donde se cria el centeno; al contar las terneras dispersadas en medio de los campos, se acuerda de las tres cabras de su madrina buscando algunas yerbas amargas en las hendiduras de las rocas, y por último cuando fija los ojos en los hermosos techos de la quinta se acuerda de la cabatía roída por el musgo, pobre, miserable y fria.

En cual de estas dos partes estará para ella la felicidad? De estos dos destinos el uno no la pide mas que una buena voluntad para ser dichosa, mientras que el otro reclama muchísima paciencia, muchísimo valor! Aunque no sea mas que por obedecer á la razon, no debia escoger la mas fácil tarea?

Estas reflexiones hacia Jenny cuando llegó á la quinta. La hoz fué colgada encima de la puerta al lado de la de la hermana de Jorge que la espera y la recibe con el mayor cariño. Las dos jóvenes hablan á media voz, la una alegre, cariñosa, la otra turbada é indecisa.

De repente oye una música muy conocida, y se estremece y se vuelve.

Llegado silenciosamente junto á la puerta, William, dejando á un lado su baston se sentó sin decir nada, y allí, á los últimos rayos del sol en el ocaso, con su perro á sus piés, se pone á tocar los cánticos de la montaña.

Jenny le escucha, alegre al principio, y luego enternecida. A cada uno de aquellos cánticos siente en su corazón que va unido un recuerdo. Todas las imágenes del pasado se despiertan sucesivamente como pájaros adormecidos que se enderezan y gorgjean sacudiendo las alas. Con una mano caida y la otra apoyada bajo la barba en ademan meditabundo, se conmueve en silencio con aquellas mágicas evocaciones de sus primeros años.

Se acuerda de aquellos tiempos en que débil y tímida, suhia hasta las crestas de las montañas sostenida por Williams, y arrancaba con sus manos trémulas algunos manojos de yerba entre las rocas para la única vaca de su madrina.

— Luego se vé mas fuerte ya, y puede seguir al muchacho por los campos. Oh! cuántos servicios por ambas partes! cuántos sacrificios adivina mas tarde! Qué opulenta sabia hacerse para la huérfana la miseria del hijo, y de la madre! El anillo de plata que conserva la jóven, la cruz de oro que toca con su mano, las mas hermosas cintas con que se adorna los domingos, todo eso no le ha venido de ellos? Y cuando estuvo enferma, qué de cuidados le prodigaron! Qué contentos estaban al verla buena! Williams tocaba como ahora la primera vez que ella salió á sentarse un poco bajo los árboles!

Oh! toca Williams, porque cada uno de tus cánticos la hace comprender mejor que las dulces emociones no son aquellas que procura la riqueza sino las que vienen de la buena voluntad; toca Williams porque eso la recuerda ahora que desde su infancia has tenido cuidado de ella, y que ella te prometió no abandonarte nunca; sigue tocando, porque en fin ya van corriendo lágrimas por sus mejillas inflamadas; los recuerdos del corazón son los mas fuertes, y mañana no te marcharás solo; mañana tendrá dos hijos tu pobre madre.



Canciones campestres.—Dibujo de FREEMAN.

MAGDALENA

por

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 166, 169 y 181.)

Estas cartas de Mauricio hacían vibrar á la vez todas las fibras del buen caballero, que podia seguir á través de los ímpetus de una naturaleza apasionada el desarrollo de una inteligencia tan viva como elevada. Por otra parte, algunos amigos que tenia en Paris le escribían para felicitarle, ensalzando á su hijo hasta las nubes, y contando de él mil maravillas. Todo marchaba divinamente y ya se empezaba á pensar en las alegrías de la vuelta.

Sin embargo, al cabo de un año se fueron haciendo mas raras, mas cortas, y mucho menos tiernas y afectuosas. Vagas en el pensamiento, y en la espresion violentas, demostraban evidentemente una gran turbacion de los sentidos y del al-

ma. La pequeña colonia principió por afijirse en silencio, y acabó por alarmarse formalmente, y hasta por quejarse de ello. Á las indulgentes reconvenções que le dirijieron, Mauricio no supo otra cosa sino dar respuestas evasivas. El término que se le habia fijado para estar en Paris habia espirado ya hacia mucho tiempo, y sin embargo Mauricio no se sentía dispuesto en ningun modo á marchar á viajar por Italia ó Alemania como se habia convenido de antemano. Cuando el caballero le habló de este punto, no respondió, pero viendo que su padre insistía sobre ello, le contestó en un lenguaje poco comedido donde se traslucía la impaciencia del yugo. Si los antiguos amigos del caballero le escribían, era para quejarse de que Mauricio no era ya lo que habia sido ántes. Por último bajo la forma de letras de cambio estallaron de pronto algunas bombas sobre el pacífico palacio, herido de un espanto sombrío. Todo esto no habia tenido lugar en una semana ni tampoco en un mes, pero sin

embargo ya había sucedido ántes de cumplirse los tres años.

Y no es esto todo. Si gracias á los prestos mas ó ménos especiosos con que Mauricio trataba de disimular sus extravíos, M. de Valtravers había podido conservar algunas ilusiones sobre la conducta de su hijo, las buenas almas que hay siempre en las provincias, habrían contribuido á quitárselas lo mas pronto posible. Como M. de Valtravers era un noble perfecto en toda la estension de la palabra, tenía naturalmente muchos enemigos en la comarca, no entre sus jornaleros y arrendatarios que le querían mucho, sino en los pueblos próximos donde algunos alguaciles y abogados de café, no podían perdonarle el que hubiese vuelto á sus dominios y hubiese logrado hacerse amar en ellos. Ahora bien, en todas partes se sabía la clase de existencia que Mauricio llevaba en París, porque las provincias son unas buenas madres que no abandonan nunca á sus hijos ausentes; los siguen á través de la vida con ávidos y curiosos ojos, siempre dispuestas á despedazar á los que caen para vengarse de los que se elevan.

De este modo Mauricio se había vuelto en poco tiempo, para el pueblo en cuestión, un gran asunto de escándalo público y de satisfacción interior. Traidoramente oculto bajo el manto de un compasivo interés, el odio empezó á campar triunfante y vengativo. El caballero recibió mil advertencias caritativas, y mil cumplimientos de sentimiento hipócrita: las cartas anónimas hicieron lo demas.

La marquesa devoraba sus lágrimas en silencio, y el caballero iba desfalleciendo de día en día; toda felicidad se había acabado en el hogar de aquellos antiguos amigos. Magdalena iba del uno al otro como un angel consolador; defendía á Mauricio, y hablaba de la vuelta del hijo prófugo, pero ella misma no lo creía, y con frecuencia se ocultaba para llorar. En suma, veíase bien claro que el buen caballero padecía mucho, y la prueba es que despues de haber comenzado por descuidar sus esculturas, concluyó por abandonarlas enteramente. Ya no tenía gusto para nada; solo Magdalena poseía el secreto de serenar su frente y de provocar en sus labios una pálida sonrisa. Algunas veces el pobre anciano le decía:

— Sin embargo hija mía, antes de morir hay que pensar en tu destino, porque al paso que lleva Mauricio, no será el quien cuidará de tí despues que yo haya muerto.

— Bien, bien, padre mio, respondía Magdalena, no tengas cuidado por eso. Yo no deseo nada mas que amarnos, y nada necesitaré cuando ya no existáis. Tengo la edad suficiente para vivir por mí; el valor no me falta, y lo que hicisteis vos y la marquesa en mi Alemania, eso lo haré yo tambien en vuestra Francia; trabajaré, por qué no?

El anciano se sonreía meneando lentamente la cabeza. Un día la jóven se decidió á escribir en secreto á su primo: hermosa debia ser aquella carta, pero Mauricio no la contestó; en cuanto al caballero no volvió á escribir, y aun no permitía en los últimos tiempos, que delante de él se hablase de su hijo. Sin embargo, como se iba acabando rapidamente y veía llegar su última hora, se decidió á lanzar un último grito de amor y de desesperación hácia aquel infortunado jóven.

La respuesta tardó mucho en venir; tres meses habían pasado cuando llegó, y esta tardanza había consistido en que Mauricio ausente de París hacia un año, viajando sin saber en donde ni en compañía de quien, no había podido recibir hasta su vuelta los últimos avisos de su padre. Pero, gracias á Dios, aquel jóven se arrepentía, su carta así lo atestigüaba. En ella se traslucía la amargura de un alma

cuida, que tiende á levantarse por medio de un esfuerzo supremo; besaba los pies de su anciano amigo, cubría de lágrimas las manos de la marquesa, y hasta Magdalena tenía su parte en las efusiones de su arrepentimiento. Solo pedía un plazo de seis semanas para acabar de romper los malos lazos. Dentro de algunas semanas partiría, dando un eterno adiós al mundo que le había perdido: destrozado por la tempestad volvía al puerto para nunca volver á salir de él.

« Techo paterno, al fin voy á volverte á ver! Ya te estoy viendo, dulce nido de mi infancia! Amables compañeros de mis primeros años, voy á estrecharos sobre mi corazón! á tí tambien, primita mia, que estarás ya bien grande y bien hermosa, sin duda! »

Exallada por estas vivas imágenes, su imaginación había vuelto á hallar por un instante la gracia y la frescura de la juventud. Por desgracia, cuando esta carta llegó al palacio hacia veinticuatro horas que el caballero había dejado de existir; la vispera había devuelto su alma al Criador, junto á la ventana donde le habían llevado en su sillón, entre la marquesa y Magdalena que cada una le tenía una mano.

El mismo día de los funerales, despues que cubrió la tierra lo que quedaba en este mundo de aquel ser escelente que el acaso hizo noble, y que el trabajo y la pobreza hicieron hombre, la marquesa se llevó á Magdalena huérfana por segunda vez.

— Hija mía, la dijo, tu tarea no está acabada aun; debes ayudarme á morir, y cerrarme los ojos.

Al decir esto ambas se arrojaron en los brazos una de otra, y permanecieron largo tiempo abrazadas.

— Ah! exclamó la marquesa, puesto que me has devuelto mi hija justo es que yo te sirva de madre.

Desde aquel día Magdalena pasó á vivir al palacio de Fresnes. Una semana ántes de espirar entregó á la marquesa un testamento particular por el cual legaba á su sobrina su alquería del Coudray que valia unos ochenta ó cien mil francos. Este testamento estaba concebido en términos tiernos y afectuosos; toda la esquisita delicadeza del testador se revelaba en aquellas adorables líneas. Cuando, sin duda para tranquilizar á Magdalena sobre su porvenir, madama de Fresnes le contó esa preciosa prenda de la ternura de su tío, la jóven por un movimiento de piadosa gratitud le acercó á sus labios y le estrechó sobre su corazón; luego, despues de haberle desgarrado, desilizo religiosamente en su seno aquellos pedazos de papel.

— Qué sus hechos, hija mía? exclamó la marquesa, sentida en apariencia, aunque encantada en realidad.

— Vos me lo preguntáis? respondió Magdalena serena y sonriendo. No sé nada de la vida de Mauricio; pero conozco que debe necesitar todos sus recursos, y sería mostrarse muy poco agradecida á los beneficios del padre, el quitar al hijo una parte de sus bienes. Podéis estar segura, amiga mia, que lo que he hecho bien hecho está. Vos misma no habríais dejado de hacerlo en mi lugar.

— Pero, pobre hija mia, no sabes que no tienes nada? Por mi parte te aconsejo que no echés cuentas con el afecto de Mauricio; muerta yo, lo que no tardará mucho en suceder, qué va á ser de tí en el mundo?

— Me sucederá lo que á todos aquellos que tienen valor y buena voluntad. No soy, gracias á vuestras lecciones, tan rica como lo fuisteis vos misma al llegar á Nuremberg? El mismo Dios que os ayudó entonces, no me abandonará, estoy segura de ello.

— Eres una valerosa criatura, tan buena como bella, aña-

dió la marquesa tomando bruscamente entre sus blancas y enfiadecadas manos la cabeza de Magdalena, y besándola repetidas veces la frente y los cabellos.

De un día á otro se esperaba á Mauricio herido como de un rayo con la muerte de su padre; sin embargo, se pasaron algunas semanas y algunos meses y Mauricio no volvía. Bien luego se supo que había enviado á un apoderado encargado de arreglar por él el asunto de su herencia. Ademas había escrito á su prima una carta sin demasiada efusión, aunque muy comedida, por medio de la cual le ofrecía una buena parte de la sucesion de su padre, y justamente aquella alquería del Coudray que tan jenerosamente había rehusado la huérfana, de modo que Mauricio, sin saberlo, ofrecía á Magdalena lo que esta le daba. La jóven respondió sencillamente que retirada á vivir con madama de Fresnes no la faltaba nada absolutamente; Mauricio no insistió. Que había hecho, sin embargo de sus buenas resoluciones? Contenido por el respeto y los remordimientos, acaso no se atrevía á soportar la vista de un sepulcro, que podía muy bien acusarse de haber abierto ántes de llegada la hora. Todo el mundo admiraba semejante reserva, y todos tambien creían que pasado algun tiempo traería á Valtravers la ofrenda de sus espiaciones.

En tanto que se alimentaba en Fresnes esta última esperanza á algunos pasos de allí coían las hipotecas como el granizo. Un año á lo mas había pasado despues de la muerte del caballero, cuando se espació por aquellas comarcas la noticia de que se iban á sacar á pública subasta el dominio y el palacio de Valtravers. La marquesa y Magdalena se obstinaron en no creerlo, diendo en alta voz que era una calumnia, como habían hecho siempre que se había presentado la ocasion de defender á Mauricio contra los rumores de la provincia. Sin embargo, un día que se paseaban juntas por el bosque hablando del cruel y querido ausente, porque á pesar de que le maldicían, no podían ménos de seguirle amando, distinguieron á través de la verja del parque algunos grupos de criados y de lugareños en el peristilo que hablaban vivamente entre sí y se miraban con aire conternado. Fuera por presentimiento ó por curiosidad, ambas se adelantaron hácia el palacio, al que ademas solían hacer de cuando en cuando sus peregrinaciones.

— Ah señora marquesa, oh! señorita Magdalena! exclamaron todos á una voz cuando ellas se acercaron; ah! qué desgracia para todos nosotros! El rayo ha caído sobre nuestras cabezas; es la ruina de nuestra pobre vida.

— ¿Qué hay hijos míos? qué ha sucedido? qué tenéis? preguntó madama de Fresnes.

— Mirad ahí, señora marquesa, que debe pensar en el cielo nuestro buen amo, el caballero?

Y con un ademán de asombro señalaba la puerta y la fachada del palacio, desbordadas por inmensos edictos anunciando la pública subasta por la justicia. La duda no era posible ya; la venta estaba bien clara.

Magdalena bajo la cabeza y dos silenciosas lágrimas corrieron á lo largo de sus mejillas. Hasta aquel día no había creído lo que llamaban los desórdenes y extravíos de Mauricio y por eso, en su interior le había absuelto siempre, pero esta vez sus nobles instintos le gritaron que el jóven estaba perdido irremisiblemente. En cuanto á la marquesa, esta sintió subir á su frente toda la sangre de su indignado corazón, de aquel corazón que los años no habían podido enfriar aun, que estaba siempre jóven y siempre ardoroso.

— No, hijos míos, no, exclamó resueltamente, en tanto que yo viva este dominio y este palacio no serán presa de los

alguaciles, no permitiré que tengan esta alegría los necios y los malvados. Tranquilizaos amigos míos; os quedaréis como hasta ahora en posesion de los arrendamientos, y vosotros en esta casa de donde nunca habéis salido. Nada se cambiará en vuestra existencia; os doy palabra de ello, conque ya podéis ir á decirselo á vuestras mugeres y á vuestros hijos.

Y despues sin tardar un instante envió á llamar á su notario y le entregó los títulos de rentas que representaban la mejor parte de su fortuna, con lo cual, el día de la venta, debía hacer frente á ella. De este modo la marquesa se despartió un día duéña legítima del dominio de Valtravers lo que no alteró en nada su género de vida, puesto que siguió habitando con Magdalena el palacio de Fresnes donde había muerto su hija y donde ella misma deseaba morir.

Pero ay! esto fué lo último que hizo la amable y querida marquesa. Hacía mucho tiempo que se sentía atraída suaver, aunque irrisiblemente por el alma impaciente de su antiguo compañero.

— Que quieres, decía á veces á Magdalena, nunca nos habíamos separado. Sin hablar del marqués, á quien no has conocido, juraría que mi pobre caballero, se fastidia muchísimo allá arriba con no verme. No debo hacerle esperar tanto tiempo. Sin embargo, lo que me disgusta un poco, es el no saber que responderle cuando me pregunte por Mauricio.

La vispera de su muerte al despertarse de un fuerte letargo, madama de Fresnes se volvió hácia Magdalena y la dijo:

— Acabo de tener un sueño extraordinario que te voy á contar. Figúrate que veía á Mauricio sumergido en el fondo de un abismo: asquerosos reptiles se arrastraban silbando á sus pies, y el desgraciado jóven se deshacía en terribles esfuerzos para subir hácia la claridad del día. Quise correr á su socorro, pero sentía mis pies clavados en el suelo, y tendía hácia él mis brazos impotentes, cuando de repente, tranquila y serena, te vi venir de lejos. Llegado al borde del abismo, despues de haberte quitado el chal blanco que rodeaba tu cuello, se le arrojaste sonriendo á Mauricio que le cogió, le atraiste hácia tí sin esfuerzo, y le vi radiante y transfigurado. Este ha sido mi sueño; qué te ha parecido, hija mia?

Una pálida sonrisa asomó á los labios de Magdalena que permaneció pensativa y nada respondió. La marquesa murió al siguiente día, ó por mejor decir, se apagó entre los brazos de la jóven alemana, porque su hermosa alma voló suavemente al seno del Criador á través de una última sonrisa.

— Magdalena, le había dicho algunas horas ántes de espirar, no te he olvidado en mi testamento. Ya que tanto te gustaban las miniaturas, te dejo mis colores y mis pinceles, vamos á ver si con eso encuentras un maridó.

En efecto, cuando se abrió el testamento, Magdalena vió que había dicho la verdad madama de Fresnes. Unicamente, la marquesa había añadido á este donativo el dominio y el palacio de Valtravers, dejando aun una buena porcion á sus herederos naturales, que por otra parte, no tenían ninguna necesidad de ella.

De este modo la jóven y hermosa Magdalena pudo entrar como soberana en aquella casa, en que cinco años ántes, una tarde de otoño, se había presentado por primera vez con su equipage bajo el brazo.

V.

Ménos satisfecha de lo que podía creerse en su nueva posesion, Magdalena volvió á entrar piadosamente en aquel palacio en que todos los criados que la habían visto crecer y que

la amaban, la recibieron como á una jóven reina. Ella vivió como en otros tiempos modestamente, sin ostentacion, ocupándose únicamente en la felicidad de los seres confiados á sus cuidados. Su autoridad no se reveló sino por la profusion de beneficios que esparció en su derredor; sin esto se hubiera creído que era aun la huérfanita recogida por la caridad de su tío. Magdalena había declarado desde luego que no quería que se cambiase nada en la antigua vida de la casa y que debían respetarse todos los hábitos del buen caba-

llero, lo mismo que si existiese aun y estuviera para volver de un instante á otro. Por su parte no había querido elegir otro aposento que el cuartito donde habían transcurrido los últimos dias de su juventud. Cuando venían á pedirle sus órdenes sobre algun asunto un poco serio, nunca dejaba de consultarlo con sus criados, para saber lo que en aquella circunstancia habria decidido el caballero.

(Se continuará.)

SAN LEO.



Vista de San Leo, en los Estados Romanos.— Dibujo de FREEMAN.

El pueblecillo de San Leo se halla en los Estados romanos á siete leguas de Urbini, diez de Rimini y tres de San Marino: cuenta unos mil doscientos habitantes. Pocos viajeros conocen este sitio: el pueblo no se halla en el camino de las sillas de posta ni de las diligencias, y el sendero que conduce á su puerta apenas es accesible á los ginetes. Esta puerta, estrecha y bien guardada, se halla precedida de un puente levadizo, y cuando se pasa se ven hermosos campos, jardines, bonitas casas, y algunos monumentos, entre otros, una antigua iglesia, la parroquia dedicada á la Virgen, y luego la catedral edificio mas moderno y dedicado á San Leon Dalmato, primer obispo de la ciudad, porque en San Leo ha habido un obispado hasta el año 1572, época

en que Gregorio XIII cambió la residencia de los obispos que sin embargo deben oficiar solemnemente todos los años el día 4.º de agosto en la catedral de San Leo. Los únicos monumentos dignos de visitarse son: el convento fundado por san Francisco de Asis, y el palacio comunal construido por los florentinos en tiempo del Papa Leon XI. La antigua fortaleza que domina la ciudad sostuvo valientemente largos sitios durante las guerras de la edad media. Desde sus almenas se descubren fértiles campiñas y bonitas colinas. Ningun ruido viene á turbar jamas la contemplacion de ese hermoso paisaje; únicamente se oyen á veces algunos cánticos que salen del pintoresco pueblo que esta debajo, y que visto desde aquella cúspide parece suspendido en medio de los aires.

LA PRIMAVERA.



Composicion y dibujo de M. TONY JOHANNOT.

Todo renace, rie y se agita; los árboles se cubren de hojas, principia el tiempo de los paseos; los niños corren por la yerba, ha llegado la primavera.

Ved aquella niña que acaba de encontrar un nido: toma en un dedo el pájaro recién nacido que chillá y abre las alas, y ella le acerca á su rostro como si quisiera comprender sus gritos.

—Lo que quere, hermosa niña, es aquello que tu poses, sin conocer acaso lo que vale: una madre que le cuido, y la libertad de revolotear entre las zarzas, como tú juegas en las praderas. Creeme; vuelve á llevar ese nido

entre las verdes hojas; no le quites una de sus gracias á la primavera, no robes algunas voces al coro de triunfo que anuncia la vuelta del sol, deja á todos la música del campo y no la encierres para ti sola en las doradas jaulas.

Pero cómo! tal es el instinto de nuestra raza! No nos basta con ver y oír; queremos adquirir y guardarlo todo en nosotros mismos. La creacion es un canastillo donde todo lo destrozamos como unos niños, y donde tomamos muchas cosas por tomarlas, y no para servirnos de ellas.

Si la jóven tiene en la mano al pájaro cautivo, en otro lado su hermana persigue á las mariposas, y mas lejos tam-

bien otros niños cortan las tiernas flores para hacer ramilletes. Divertíos a nuestro modo, descendientes de Adán! Corred alegremente á través de esa hermosa naturaleza sin pensar que acaso por la noche, al seguir los senderos de la pradera, el filósofo solitario se contrastará al contemplar vuestros destrozos, la huella de vuestros pasos!

EL RIZO.

¡Ay! el negro cabello
de Madelina
mas dócil que la seda
se me imagina:
de la que adoro
te guardo dulce prenda
como un tesoro.

Dame rizo de ébano
tu grato aroma
como el aljofar puro
de casta aurora:
eres conmigo
de inocentes querellas
el fiel testigo.

Cuando á solas recibes
ardiente beso,
sueño darlo á mi amada
te lo confieso;
y de alegría
un vértigo me abraza
como me estasia.

Tú me ves suspirando
por sus desdenes,
te miro y me consuelas
piedad me tienes:
sabe te espera
un lugar en mi pecho
cuando yo muera.

Vuelve á tu caja bucle
si no, deliro;
aprisiona en tus hebras
mi hondo suspiro:
guárdalo atento
Antes que lo evapore
traidor el viento.

Las líneas de azabache
bellas despojos
del ángel de mis sueños
luz de mis ojos,
guardo entre flores
por talisman precioso
de mis amores.

A. A. ORIBELA.

AMÉRICA MERIDIONAL.

EL CHIMBORAZO.

Un artista viajero ha dicho estas palabras: «El que no ha visto las montañas de primer orden no sabría formarse una idea de esos colores tornasolados que hacen chispear las cúspides de la tierra. Muchas veces en esto solo se re-

conocen las enormes desigualdades del globo. Engañado en el cálculo de las elevaciones y las montañas, muchas veces confundiría el hombre estos montes con otros menos elevados, si esa especie de claridad celeste no anunciase que su cima se alza hacia las mas altísimas regiones.»

Tal es el aspecto del Chimborazo; pero tanta es tambien la grandeza de las líneas que dibujan sus vastos contornos en el horizonte, que no pueden aplicarse enteramente esas hermosas palabras de Milbert. No sin razon esclamó en su poético entusiasmo el ilustre viajero que fué el primero en señalarlo á la admiración de la Europa: «Descuella sobre la cadena de los Andes, como la majestuosa cúpula de Miguel Angel, sobre los antiguos monumentos que rodean al Capitolio.»

Alto de 20,100 ó si se quiere 6,329 metros, el Chimborazo ha sido considerado durante muchos años como el punto mas culminante de los Andes. Humbolt creyó en un principio que habia subido al pico mas alto que hay en el globo, pero mucho tiempo despues que el Dhawalaghiri, ese gigante de los montes del Himalaya, hubo de conquistar ese renombre que los cálculos de la ciencia consolidan mas y mas todos los días, se probó que aun en el sistema de los Andes el Chimborazo ocupaba solo un rango secundario. Pocas palabras bastarán aquí para restablecer ciertos hechos alterados por geógrafos insignes, y sentados por el mismo Humbolt. Si las operaciones trigonométricas, efectuadas en 1818, han demostrado que el pico del Himalaya tenia definitivamente 26,438 piés de elevación; si Lloyd y Gerard sospechan que, hacia el *Kuen Lun* ó el *Kailasa*, esos lagos sagrados del Tibet septentrional, puede haber cúspides de 4,534 ó 4690 toesas, es tambien evidente que en el Nuevo Mundo el Pomarape, el Gualateiri, el Parinacota y el Sahama, situados al Este de Arica, son mucho mas elevados que el Chimborazo. El Sahama tiene 20,971 piés, y el Aconcagua en Chile, segun el evaio mas reciente, tiene 22,431. Así pues el Sorata y el Illimani pierden definitivamente la supremacia imaginaria que Pentland les acordó en 1827, y que el mismo ingeniero les quitó veintin años despues. En el día no se ignora que las alturas indicadas primitivamente se habian exajerado de 3,718 piés con respecto al Sorata y de 2,675 para el Illimani.

El nombre de la montaña que reproducimos en nuestro grabado, es un nombre compuesto que, segun Humbolt, significa *nieve de Chimbo* en la antigua lengua de Quilo. Si hemos de creer las curiosas noticias de don Juan de Velasco, Chimbo formaba parte de los trece Estados del Sur, bajo la nominación de los Siris. Varias tribus recorrían las arduas regiones que se extienden á la falda de las montañas, ó ocupaban las regiones templadas que se encuentran en la misma montaña: se contaban los *Asancotos*, los *Chapacotos*, los *Chimas*, los *Guanujos* y los *Guarandas*.

Todas estas naciones habian desaparecido cuando el viajero mas célebre de nuestra época quiso hacer constar científicamente el 23 de junio de 1802, los fenómenos que presentaba una ascension á la cúspide de la vasta montaña cuyo aspecto fué tambien el primero en reproducir. Ese viajero se esplica en estos términos: «Por un estrecho sendero en medio de las nieves por el lado meridional, intentamos subir, no sin peligro á la cima del Chimborazo los señores Boupland, Montufar y yo. Habiamos llevado algunos instrumentos hasta una altura considerable, aunque nos hallásemos rodeados de una bruma espesa y muy incómoda por la mucha rareza del aire. El punto en que nos habiamos detenido para observar la inclinación de la aguja de marear parece

mas elevado que todos aquellos á que han llegado los hombres sobre los cerros de las montañas, escude en 1,100 metros la cúspide del Monte Blanco á donde tuvo la dicha de llegar el mas sabio é intrépido de todos los viajeros, M. de Saussure, luchando para ello con dificultades mayores todavía que las que hemos tenido que superar cerca de la cima del Chimborazo. Estas penosas escursiones, cuyo relato esplica generalmente el interés del público, no ofrecen sino un corto número de resultados útiles para el progreso de las ciencias, porque el viajero se halla sobre un suelo cubierto de nieve, rodeado de una capa de aire cuya mezcla quimica es la misma que la de las regiones bajas, y en una situación en que no puede hacerse con los requisitos ordinarios, ninguna experiencia delicada.»

Dos años despues de la ascension del autor de las *Listas de las Cordilleras*, uno de los hombres mas doctos de Bolivia, el señor don Francisco José de Caldas, visitó las regiones dominadas por el Chimborazo haciendo en ellas investigaciones del mas alto interés. En las animadas descripciones del señor Caldas, y en las exactas pinturas reproducidas por el *Semanario de Santa Fé de Bogotá*, es donde deben estudiarse esas montañas, y donde se pueden ver una multitud de asertos sobre la miserable vida de los pobres indios; en ese hermoso libro reimpresso en 1849 por el coronel Acosta se dan pruebas irrecusables de la persistencia de las supersticiones indias en el seno de esas vastas montañas. A la vista de los montones de piedras al pié de ciertas cruces plantadas en la base de los cerros principales, se conoce que esas piedras acumuladas atestiguan un sacrificio de los indijenas ofrecido en holocausto á uno de los dioses de sus padres, por cuyo medio esperan aliviar de las regiones que habitan las terribles nevadas, esos meteoros cuyo furor se manifiesta principalmente en los meses de junio, julio y agosto. En efecto, en esta época hay ciertos días en que reinan vientos impetuosos que vienen del Este y soplan en el valle, aumentándose su furor cada vez que barren las cimas elevadas; estas especies de huracanes no se producen sino acompañados de una espesa nube cuyo densidad aumenta en las partes mas altas formando una gran barrá en los flancos de la Cordillera. Hacia el medio se nota una lluvia fina pero muy seguida que robustece los torrentes y causa luego las inundaciones. En la parte superior un granizo menudo y duro reemplaza la lluvia que reina en las regiones medias y cuando se acumula cubre las montañas todas hasta dos metros de profundidad. Hacia los cerros que se acercan al término de la vegetación, el granizo se cambia en copos de nieve que caen con una prodigiosa abundancia, cubriendo bien luego toda la parte elevada de la montaña. La nieve, ó mejor dicho, el hielo que envuelve por todas partes al viajero, y que detiene sus pasos sumerjiéndole hasta la mitad del cuerpo, el viento glacial que le azota la cara y la oscuridad que dan las nieves, todo concurre á detener los movimientos y á causar un entorpecimiento que á veces va seguido de la muerte.

Los sacrificios que hacen los indios de la montaña en otros tiempos para conjurar las terribles nevadas, no eran todos tan inocentes como los que se dirigían al dios personificado bajo el nombre de *Cerro*. El señor Caldas habla de la caverna de *Cuaya Suma*, en esa parte de los Andes en que segun las antiguas creencias se aparecían los manes de los Incas. A principios del siglo les ofrecían aun horribles sacrificios, y mas de un indio fué acusado de haber presentado en holocausto pobres niños recién nacidos, sin que los esfuerzos de los curas de las Cordilleras fuesen suficientes para quitarles esta costumbre bárbara.

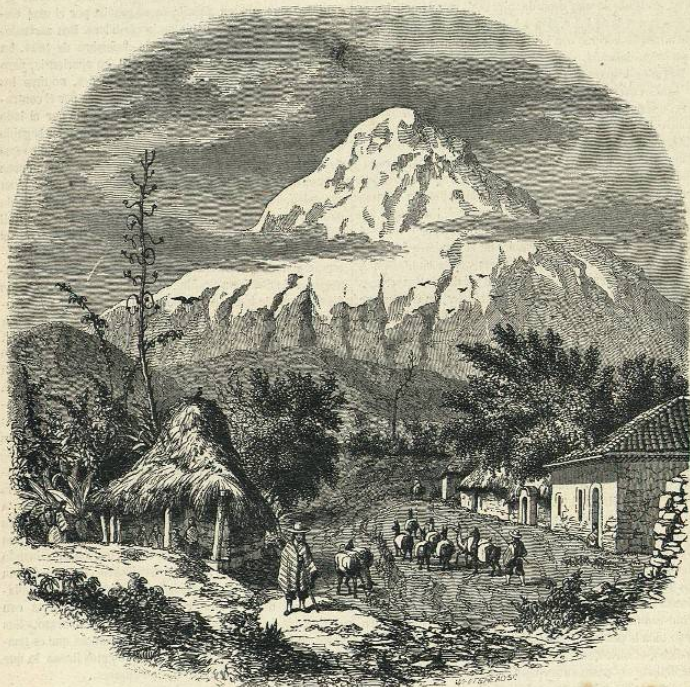
Los dibujos y documentos científicos en que don Francisco de Caldas consignó tan preciosas observaciones han desaparecido, y el desgraciado viajero víctima tambien de las disensiones políticas de su país pereció en el caldo en 1816, antes de haber concluido sus trabajos; pero estáble siempre á uno de los sabios mas eminentes de nuestro tiempo el completar con una serie de profundas é ingeniosas observaciones lo que ya se sabia sobre el Chimborazo.

M. Boussingault, cuando concluyó sus vastos trabajos en Bolivia, no quiso abandonar este país sin visitar el monte gigantesco que aun en aquella época pasaba por el mas elevado de todos los que habia en la cordillera. Dos ascensiones hizo á él en los días 14 y 16 de diciembre de 1831. La primera, emprendida por una via fácil en apariencia, pero bien luego erizada de insuperables dificultades, no tuvo los resultados que se deseaban, pero la segunda por el contrario fué coronada con el mejor éxito; se efectuó por el lado que mira al arenal, es decir por el camino que habia seguido antes M. Humbolt, y que no podían indicarle los indios que sirvieron de guía á este viajero, porque ya en aquella época habian dejado de existir. M. Boussingault para verificar su ascension, habia sabido elegir un tiempo favorable, y no habia querido llevar consigo una numerosa comitiva. El coronel Hall debia ayudarle en sus observaciones, y un negro, con un ligero equipage, formaba la vanguardia. El entendido observador habia mandado á sus compañeros y se habia impuesto á si mismo un profundo silencio. La difícil ascension del Cotopaxi le habia enseñado ya que una de las condiciones para salir bien en esta clase de viajes, es la ausencia total de toda voz, mas sin embargo de esta precaucion y á pesar de la firme voluntad que llevaban todos, al cabo de unas seis horas de viaje, un profundo desaliento se habia apoderado de toda la comitiva, aunque habian llegado solo á 5680 metros de elevación. Los señores Humbolt y Boupland habian llegado mas arriba. Uno de esos movimientos de entusiasmo hijos del amor á la ciencia hizo intentar á los exploradores un postrer esfuerzo. A pesar de los efectos de una luz demasiado viva, cuyas consecuencias hubo de reconocer despues M. de Boussingault en la demulacion de la epidermis de su rostro y en la inflamacion de sus ojos; á pesar de las dificultades que presentaba por todas partes una nieve esponjada de 3 á 4 pulgadas, nieve que cubria una capa de hielo dura y escurridiza en la cual iba practicando el negro los escalones, los curiosos viajeros, despues de una hora de marcha llena de ansiedades y de peligros se hallaban al pié de un prisma cuya base superior cubierta con una cúpula de nieve forma la cúspide del Chimborazo. Sus pasos debían detenerse allí y el docto francés que es tambien un buen escritor, pinta en las siguientes líneas lo que no habian visto los hombres hasta entonces:

«El senderito en que estábamos tenia solo algunos piés de largo. Por todas partes nos hallábamos rodeados de precipicios; nuestros alrededores presentaban los accidentes mas extraños. El color oscuro de la roca contrastaba estraordinariamente con la blancura destumbrante de la nieve: largas estalactitas de hielo parecían suspendidas sobre nuestras cabezas, hubiérase dicho que era una magnífica cascada que acababa de quedarse helada. El tiempo estaba soberbio; solo se notaban algunas nebulosas hacia el Oeste, el aire era suave, nuestros ojos abrazaban un panorama inmenso, la situación no podia ser mejor, y disfrutábamos una satisfaccion de las mas vivas. Nos hallábamos á 6,004 metros de altura absoluta; á mi juicio la mayor elevación á que han subido los hombres en las montañas.»

Estas cortas líneas que dan á conocer en tan pocas palabras las magnificencias que pueden contemplarse desde los altos cerros; estas frases tan concisas y claras, manifiestan también el interés que inspiran las demás observaciones de M. Boussingault. En ninguna parte se han espuesto con más sabiduría los curiosos fenómenos de una escursión por las montañas: la aceleración de los latidos del pulso que se había elevado en los dos europeos á 106 pulsaciones; la es-

pecie de alegre embriaguez que acompañó á aquella ascension, y que el docto francés notó en su compañero mientras dibujaba lo que llamó *el un infierno de hielo*; la disminucion de los sonidos, que era de tal naturaleza que la voz del coronel Hall y la del negro no se reconocian, y que los martillazos se oian apenas, todos estos detalles presentaban un interés comparable solo á las observaciones de Boussingault sobre la densidad de la coloracion del cielo. Este último fe-



Cumbre del Chimborazo, vista por Rio-Namba (distancia, 32 kilom.).—Dibujo enviado de Quito en 1850, por M. E. CHARTON.

nómeno varía sin duda ninguna hasta lo infinito, porque si al verificarse la ascension del 16 de diciembre, el firmamento presentaba un color igual al observado en Quito, en cambio, en otra escursión, el sabio viajero le había visto negro como la tinta en la llanura del hielo del Antisana. Otro hecho muy curioso se desprende del trabajo de M. Boussingault, y es el cambio que se opera en la constitucion de los individuos que viven largo tiempo en los sitios llanos y elevados del globo. De este modo, en tanto que se halla bien probado que Saussure no pudo verificar su ascension sin experimentar un malestar profundo, en tanto que es sabido

que los primeros conquistadores españoles no se elevaban sobre los Andes sin sentir dolores de entrañas ó muchas náuseas, ningun sintoma de este género se presentó para nuestros tres viajeros. Acerca de esto, es curioso notar aquí que hay mugeres jóvenes y delicadas que pasan bailando muchas horas enteras en sillios casi tan elevados como el Monte Blanco, en el mismo punto en que el célebre Saussure se encontraba apenas con bastante fuerza para consultar sus instrucciones, y en donde sus fuertes montañeses se caian desfallecidos haciendo un hoyo en la nieve. También debemos añadir que el combate de Pichincha, que no carece

de cierta nombrada, se dió tambien en una altura poco diferente á la del Monte Blanco.

Las últimas ascensiones científicas emprendidas al Chimborazo en interés de la ciencia, son las de M. Julio Boursier cónsul francés en Quito, las cuales se efectuaron en 1849 y 1850 con los mejores resultados. Las notas manuscritas de M. Boursier contienen noticias muy curiosas. Entre otras cosas, este naturalista declara no haber visto entre los mamíferos otros animales que los toros, que se elevan hasta donde llega la vegetacion junto á las nieves; los ciervos vienen despues, y respecto á los pájaros, el condor y el pájaro-mosca ocupan las mismas regiones.

MAGDALENA

FOR

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 166, 169, 181 y 189.)

Siempre estaba repitiendo que el mejor modo de honrar la memoria de los muertos á quien hemos amado, es no hacer ninguna cosa que hubiera podido disgustarles, y preguntarse ántes de toda accion lo que ellos pensarían estando presentes. Por último cuando hablaba de Mauricio, siempre lo hacia con respeto, y como de un rey niño, cuyo reino administraba en su minoria; no tanto era reina como regente.

Como el ruido de su prosperidad se había esparcido por toda la comarca, bien luego acudieron los pretendientes á su mano. Valtravers se había vuelto una especie de Meca, ó Santo Sepulcro, designado á la piedad ferviente de todos los solteros del departamento. Durante algunos meses se vió una larga fila de estos peregrinos dirigiéndose al lugar sagrado para hacer en él sus devociones. Nobles arruinados, hijos de familia, jóvenes y viejos celibatarios corrieron de todos los puntos del horizonte recitando sus oraciones. Aunque grave y reflexiva, Magdalena tenía esa buena y franca alegría que procede naturalmente de una conciencia pura, de un corazón recto y de un ánimo sano; así, respondió á aquellos fieles que era un espectáculo edificante el ver que una pobre huérfana se hubiese vuelto de pronto el objeto de un culto tan puro y desinteresado. Sumamente enternecida, un solo sentimiento la quedaba, y era el de hallarse bastante feliz en su humilde condicion para no querer cambiarla por el raro honor que se la ofrecia; de este modo se vieron despedidos alternativamente aquellos devotos personajes.

Antes de esto, Magdalena había siempre respondido del mismo modo siempre que el caballero ó la marquesa la habían hablado de ello; la jóven había decidido que nunca se casaría. ¡Llor á todas las que se resignan á envejecer en la soledad mas bien que consentir en entregar á disgusto su corazón!

Desembarazada de sus pretendientes, Magdalena continuó viviendo en el retiro, dividiendo sus dias entre los cuidados de su pequeño imperio, el ejercicio de la beneficencia y el cultivo de las artes que la gustaban. La jóven había exhumado de la biblioteca de su tío algunos buenos libros que acabaron de madurar su inteligencia. En medio de su risueña gravedad y con su belleza sosegada y serena, Magdalena representaba á veinte y un años la sensatez y la poesia, semejante á las flores que chupan el jugo de la tierra por las raíces de sus tallos, y que en su cáliz embalsamado beben al mismo tiempo el rocío del cielo. También era piadosa, y todos los domingos iba á misa á Neuville-Bois, visitando

sin repugnancia aquella mala aldea que la había visto tan abandonada, y en donde á la sazón había muchos pobres y huérfanos que la bendecían. Al salir de la iglesia, rara vez olvidaba entrar en casa de la buena lugareña que la ofreció caritativamente el que probaba la leche de sus vacas. En cuanto á Periquillo, nunca pudo lograr domesticarlo: ya fuera porque en su presencia se sintiese atestado de remordimientos, ó ya mas bien porque temiera que le reclamasen la moneda de plata que tan mal ganó, en cuanto la veía, el tunantuelo daba rienda suelta á sus piernas.

Cuando las tintas funebres que siempre deja la muerte detras de sí, se disiparon en torno de Magdalena, cuando el tiempo cambió en sombras risueñas los negros espectros de su dolor, la jóven hubiera podido considerarse muy dichosa, sin un cuidado incesante que la atormentaba en medio de su dicha. Qué hacía Mauricio? Despues de la muerte de su padre no había dado otra señal de vida que el ruido de sus desórdenes en aumento siempre. Antes de tomar posesion de Valtravers, cediendo al estravio de una delicadeza encantadora, que todo espíritu elevado podrá concebir muy fácilmente, Magdalena le había escrito disculpándose de su fortuna, mas esta carta, que Mauricio debió besar respetuosamente, á ménos que no se hubiese acabado en el todo sentimiento de virtud, se quedó sin respuesta. Y sin embargo, á pesar de tantas razones para rechazarle de su corazón, Magdalena buscaba aun á aquel infortunado jóven por medio de su pensamiento, y volvía á hallarle en sus sueños tal como le vió aquella tarde de otoño en que por primera vez él mismo, con mano hospitalaria, hubo de abrirle la puerta del palacio; entonces no era mas que una muchachuela, pero sin embargo, en la edad en que los hombres apenas acabamos de salir de las diversiones de la infancia, no es posible decir lo que germina ya en esos corazones de quince años. Los jóvenes no tienen infancia, y por niña que sea su mujer, á ménos que la haya visto nacer y crecer desde pequeña, ningun marido debe lesionarse de haber aspirado el primer perfume de su alma.

Dios que asiste á la formacion del diamante en las entrañas de la tierra, y al nacimiento de la perla en el golfo del Océano, solo Dios ha podido saber lo que pasó en el seno de aquella criatura desde el primer encuentro, Magdalena se había negado á creer que Mauricio hubiese descendido tanto como se aseguraba, y mucho tiempo le había defendido solo contra todos, hasta contra su padre tan indulgente siempre, y contra la marquesa siempre tan bondadosa, y cuando por último al ver la muerte del caballero, y al presenciar la venta del dominio, hubo de rendirse á la evidencia, Mauricio permaneció siendo el secreto pensamiento, la novela oculta de su vida. Estos cuidados se habían vuelto mucho mas intensos desde que Magdalena habitando en Valtravers, volvía á hallar á cada paso las huellas vivas de aquella juventud que había conocido ya tan impetuosa, y al mismo tiempo tan encantadora en sus ardores. En el cuarto donde él había vivido, no se había cambiado nada despues de su partida; Magdalena pasaba allí con frecuencia largas horas tristes á veces, aunque encantadas otras. En el parque, siempre se sentaba bajo los árboles plantados por Mauricio: si atravesaba el patio del palacio, al punto venian los galgos á lamerle las manos; si se acercaba á las orillas del Vienne veía los caballos que él montaba, pastando en toda libertad en las praderas; en una palabra, el bosque entero se hallaba solo poblado con su imagen. Pero no es esto todo: había en Valtravers una honrada criatura que no había salido nunca del palacio, en donde había nacido casi al mismo tiempo que Mauricio: ambos se habían criado con la misma leche, cosa

que en las provincias de la Francia, establece siempre entre los niños una especie de fraternidad; el caballero, que la quería mucho, la había dado una especie de educación que ella aprovechó muy poco quedándose bienamente como la naturaleza la había hecho, es decir, una muchacha activa, lista, amiga de la limpieza, franca para hablar, regocijando la vista con su buena salud, y sin otro defecto que el de mostrarse á veces un poco bulliciosa en la efusión de sus sentimientos, ya algun tanto exaltados naturalmente.

Profesaba á su hermano de leche no un amor como el de todo el mundo, sino una adoración verídica, y de aquí nacía que no se extrañaba en nada que hubiese dispuesto de sus bienes segun su gusto, antes por el contrario, Ursula habría aprobado tambien enteramente el que Mauricio en vez de venderle, hubiera incendiado el palacio de su padre. Magdalena la debía un cariño casi semejante. En cuanto supo que una joven alemana, buñfana y prima de Mauricio acababa de llegar al palacio, corrió á recibirla, se arrojó sobre ella, y estuvo á punto de ahogarla con sus lágrimas. Sobre todo cuando había que verla era en las ocasiones en que alguno de los criados se atrevía á poner en duda en su presencia las virtudes del joven caballero. Un pelizco por aquí, un cachete por allá, era todo lo que contestaba, y como tenía los puños algo firmes, hasta los mas atrevidos se callaban. Magdalena pasaba largos ratos hablando con Ursula, y no hay para qué decir aquí, el interés que en ello se atravesaba. Como Ursula por su parte, no tenía otra felicidad mayor que la de hablar sobre su joven amo, se prestaba gustosa á las conversaciones, y apenas se pasaba un día sin que Magdalena no la llamase. Una vez que se sentaban juntas á la ventana, una costiendo y la otra bordando, bien luego salía á relucir nuestro Mauricio: Ursula principiaba siempre por la narración de los primeros años, que siempre se reducía á la misma cosa, pero lo que la una no se cansaba de repetir, la otra no se cansaba tampoco de escucharlo. Siguiendo siempre el curso de los recuerdos, insensiblemente se llegaba al momento presente. Ursula representaba á su hermano de leche como un cordero sin mancha, y vaticinaba su próxima vuelta, pero Magdalena meneaba tristemente la cabeza. Sin embargo, la alquería del Coudray no se había puesto en venta todavía; así pues, Mauricio no se había despedido para siempre de aquellos lugares.

Bien luego se desvaneció esta última esperanza. Un día se llegó á saber que el Coudray se vendía, y como una desgracia no viene nunca sola, otro suceso mas imprevisto aun vino á sembrar en Valtravers la consternación y el espanto. Un alguacil se presentó á noticiar á Magdalena que un sobrino de madama de Fresnes que se creía muerto hacía mucho tiempo, había vuelto á aparecer en la comarca, á pleitear para ver si anulaba el testamento de su tía.

Algunos días después, Magdalena se paseaba una tarde por el parque; andaba lentamente, sola, triste y preocupada. Aunque era imposible el prever el resultado del pleito pendiente, y bien que la repugnasen hasta lo sumo las intrigas y cuidados que traen consigo esta clase de asuntos, no era sin embargo el deseo de conservar su fortuna lo que de aquella manera la agitaba. Su primera idea había sido la de salir con la frente erguida del palacio, y si por último se había resignado á defender sus derechos, solo lo había hecho por respeto á la memoria de sus bienhechores. Ahora sucediera lo que quisiera había cumplido con su deber; lo demás la importaba poco. Y que podía importarle en efecto una residencia á donde nunca Mauricio volvería? Magdalena no la había considerado jamas sino como propiedad de su pri-

mo; durante unos tres años, el sueño de su vida y la alegría de su alma, había sido la idea de que llegaría un día en que el hijo prodigo sería nuevamente instalado por ella en el palacio de sus padres.

Y el entretanto qué hacia? A la vuelta de una calle de árboles, Magdalena le vió en frente de sí. Era él, era Mauricio, pero estaba tan pálido y cambiado, que no parecía el sino su espectro; Magdalena llena de gozo quiso arrojarle en sus brazos, pero su emoción hubo de estrellarse contra la actitud glacial del recién venido. Después de decir que la tarde estaba un poco fresca, propuso á su prima el volver al palacio: mientras Magdalena temblaba al contacto de su brazo, Mauricio caminaba con paso firme. Sin titubear tambien subió las escaleras del peristilo; únicamente cuando entró en el salon y Magdalena le dijo: «Aquí es donde murió vuestro padre» sus piernas flaquearon un poco, y ocultó su frente entre sus manos.

— Ah! estás aquí! dijo á Ursula que le ahogaba entre sus brazos.

Después de algunos cumplimientos vulgares que dirigió á su prima, contó que estando próximo á partir para un largo viaje del que probablemente nunca volvería, había querido ver por última vez la casa y despedirse de todo lo que había amado. Al cabo de una hora se retiró á su cuarto, por que la joven exigió que no fuese á parar á otra parte.

— Ah! Desgraciado, desgraciado! exclamó Magdalena desahuciándose en lágrimas.

En cuanto á Ursula, ésta se había quedado petrificada. Mauricio al volver á Valtravers había decidido no pasar en él sino algunas horas; su ánimo era volverse á París inmediatamente para arreglar sus negocios y para acabar los preparativos del largo viaje que meditaba. A causa de los muchos ruegos de Magdalena consistió en permanecer algunos días mas á su lado, en cuyo tiempo pudo notar la prima los destrozos que se habían operado en aquel jénen, no tanto en su fisonomía como en su corazón y en su ánimo. Magdalena le halló casi siempre sombrío, taciturno y burlon, y raras veces bueno y afectuoso. Sin embargo, Mauricio dió una prueba de que miraba por los intereses de su prima; una tarde, sin duda para descargo de conciencia hojeó los documentos del pleito, dijo que el asunto iba bien, y declaró, sin saber nada, que era una cosa fallada de apte-

mano.

— En vuestro interés está, primo mio, dijo la joven riendo.

— Cómo es eso?

— Ignorais que desde la muerte de vuestro padre, este dominio no ha cambiado de amo?

— Oh, Dios mio! replicó Mauricio con voz indiferente; sería una generosidad enteramente perdida. Aunque tuviera todos los palacios de Francia no por eso sería mas feliz.

— Tan desgraciado sois, Mauricio? preguntó la joven con una voz tan dulce y contristada que había enternecido á un corazón de hierro.

— Yo, prima mia! Soy el mas dichoso de todos los hombres.

A la mañana siguiente supo Magdalena que Mauricio se había marchado sin despedirse de ella: escrito que de vuelta en Paris, la escribió por podría perdon por aquella súbita partida. Dos meses después escribió de nuevo, diciendo que había terminado sus preparativos, y que dentro de quince días emprendería su viaje. Bajo una apariencia irónica, estas dos cartas se resentían del mal estado de su alma; la última sobre todo respiraba un desaliento sombrío y mucho

mas negras esperanzas. A la primera, Magdalena se sintió triste como la muerte; á la segunda se quedó helada de espanto.

Durante este tiempo el pleito seguía su curso; todos los pladosos peregrinos cuyos deseos fueron rechazados, se regocijaban en su interior del mal giro que tomaban los asuntos de la alemana; solo Magdalena no se inquietaba.

VI.

Mauricio, como lo había anunciado, se hallaba dispuesto en efecto á emprender un eterno viaje, puesto que de todos los que le han hecho, ninguno ha vuelto todavía, y que en la hora de la marcha hasta los mas intrépidos han sentido helárseles el corazón, y su frente palidecer de espanto. Todas sus disposiciones se hallaban bien tomadas; ya no le quedaba mas que decir un eterno adiós á este mundo, que iba á dejar por otro mejor, como se dice, y como debemos creerlo todos, sin presumir demasiado de la bondad de Dios. Mauricio había llegado á esta estremidad, por una pendiente insensible pero segura. Es una historia tan conocida, tan comun, y contada ya á repetidas veces, que nos limitaremos á relatar sus principales rasgos.

Consideremos un poco á nuestro jóven; tiene veinte años, y á su edad va á entrar en la vida que hasta aquí ha entrevisto solo á través de los sueños encantados de la soledad en que ha vivido. Su infancia pasó á la sombra del techo paterno en la profundidad de los valles. La naturaleza le metió en su seno, y Dios no le rodeó sino de nobles y pladosos ejemplos. Poco á poco va creciendo escollado de todo el resueto acompañamiento que lleva consigo la juventud. La gracia reside sobre su frente, la ilusión habita en su seno, y como una flor nacida bajo el cristal transparente de las aguas, en el fondo de su mirada se descubre la belleza de su alma. Cree sencillamente, sin esfuerzos, en todas las pasiones sinceras, en las ternuras sin fin que se perpetúan mas allá de la tumba, en los juramentos mil veces repetidos á la claridad de las noches serenas; solo hay en él una ambición, la del amor. Pues bien, en tanto que uno se pregunta bajo qué soplo embalsamado acabarían de abrirse tan preciosos tesoros, en tanto que se busca la Beatriz cuya mano pura se atreva á recoger esa virginidad encantadora, todo eso es presa ya de algun corazón vicioso y corrompido. Las Beatrices no llegan nunca á tiempo, y cuando al cabo el ángel se presenta, apenas encuentra algunos granos, donde el demonio ha cogido ya una cosecha abundante.

Esta fué la primera experiencia que hizo Mauricio del mundo y de la vida. Algunas mujeres, muy pocas en verdad, reciben del cielo el don de embobecer y fecundizar todo cuanto en el mundo tocan; hasta el dolor que nos viene de ellas es bendito. Otras, por el contrario, y estas son numerosas, tienen la propiedad funesta de esas aguas que petrifican en poco tiempo los objetos depositados en su seno. Desgraciado mil veces aquel jóven que confiado y crédulo, cae en el encanto fatal que casi siempre tienen en torno suyo tan tristes criaturas! Mauricio perdió aquí la mejor parte de sí mismo, y como todas las almas débiles y ardientes están siempre en las estrems, salió del lazo insultando á la humanidad entera. Si es cierto que existen corazones nobles que se purifican en la misma sangre que vierten sus heridas, tambien hay otros que se agrían hasta corromperse. Mauricio no supo imaginar nada mejor que el entregarse en cuerpo y alma á esa filosofía irónica que consiste en burlarse de los senti-

mientos que llaman exaltados y en considerar como quimeras todo lo que no entra en el círculo de los goces materiales, filosofía de anticámara, reservada antiguamente para los criados de comedias, y de la cual varias personas de nuestros días han teorizado la pretension de hacer una doctrina de la razon, y una teoría de la elegancia y del buen gusto. Estas almas abortadas no tienen otra ocupacion que la de rebajar sistemáticamente todo cuanto realiza á la naturaleza humana, juzgando que las palabras de entusiasmo y de poesia, de heroísmo y amor, de patria y libertad, no han sido readas sino para servirles de burla ó de recreo. Mauricio se fué haciendo bien luego uno de los discipulos mas fervientes de este irónico escepticismo; y una vez en este camino, sabido es que pocos se detienen. El sentido moral se degrada, y á fuerza de echar fanfarronadas sobre el vicio y á fuerza de hacer alarde de incredulidad, llega un día en que sin sentirlo, se viene á ser en realidad lo que solo se quiso parecer en un principio.

Mauricio volvía de cuando en cuando sus miradas hacia Valtravers, pero estaba atado por muchos lazos que le detenían por todas partes. — Una vez que se ha medido el pié en los cenagales de la vida, no es muy fácil el sacarlo. Las cartas de su padre le irritaban sordamente, y aunque tiernas y muy maternales, las reconvencciones de la buena marquesa le hacían sonreír de desden. Hay que decir aquí que entónces estaba á la moda entre la juventud, el despreciar soberanamente todo aquello que se había venerado en los pasados tiempos. La restauracion estaba para concluir; se hallaba próxima esa crisis social que anunciaba un cambio total en el mundo, y por mi parte no recuerdo que ninguna época haya llevado tan lejos como aquella el desprecio de toda regla y la ausencia de todo respeto. Mauricio se había impregnado de ese espíritu revolucionario que corría en los aires, y hacía el cual le impelían naturalmente los ardores de su sangre y la vivacidad de su carácter. Ay! qué lejos estamos ya de aquel jóven que conocimos adornado con tantas gracias é ilusiones, afectuoso, encantador y bueno para todos!

Sin embargo Mauricio no hacía mas que correr por Paris, comerse sus frutos antes de tiempo, y cultivar su inteligencia lo mas preciso nada mas para no parecer que había llegado de algun rincón salvaje de la tierra. Al revés de los grandes corazones, que cuando se hallan heridos profundamente, se encierran en las soledades ya para curarse en silencio, ó ya para acabar de morir, Mauricio se había sumergido enteramente en el torbellino de las distracciones vulgares. El ocio y el fastidio que sucede á las borrascas de la pasión, le hicieron marchar á pasos de gigante por esa senda, remedio singular para las llagas del alma, el que consiste en tavarlas con el lod del arroyo! Muy digno de lastima es el jóven que no sabe respetar su dolor; al ultrajarle demuestra que no merecía ser dichoso. Hermoso, elegante y prodigo, Mauricio no tardó mucho en hacerse un nombre en ese mundo equivoco, á donde se han refugiado las costumbres de la regencia, ménos la distinción de los modales y los encantos de la buena educación. Se hablaba de sus duelos y de sus caballos, de sus deudas y de sus aventuras en las callejuelas. De escalon en escalon un día llegó á encontrarse con el vicio: miró al monstruo sin palidecer, y le dió á devorar su juventud.

(Se continuará.)

PEDRO PABLO PRUD'HON.

En nuestro último artículo sobre Prud'hon hemos hablado de las circunstancias que engendraron, por decirlo así, una de sus principales obras maestras: *La justicia y la venganza divina persiguiendo al crimen*; nada, en efecto, es más interesante que esos pormenores íntimos y familiares sobre las obras que honran hasta lo sumo al genio humano, y por eso agradecemos siempre infinitamente el que haya habido testigos que nos los conserven.

Desgraciadamente no ha sucedido así para el cuadro que



La venganza divina persiguiendo al crimen ante la justicia humana.

admirable no haya sido reproducida en grande sobre el lienzo, con lo cual el Museo del Louvre tendría un cuadro magnífico que poner en frente del asesinato de Abel, lo que probablemente entró en la idea de Prud'hon, pues esta nueva composición tiene relaciones íntimas con la primera.

Por lo demás si se exceptúan estas dos páginas de un carácter tan elevado y tan austero, todas las demás obras de Prud'hon parecen haber sido inspiradas por las Gracias. Ese encanto voluptuoso que este maestro sabía dar a sus Venus, y a todas las mugeres del mundo fabuloso se encuentra también en sus *Virgenes*. Creemos que nuestros lectores leerán con interés lo que decía sobre este punto en 1810 M. Guizot que escribía entonces folletos sobre las bellas-arte: «Esta última (el futuro ministro de Estado hablaba de una cabeza de virgen) esta última es de una gracia seductora; su expresión es tímida, dulce, pura, y respira la juven-

nos ocupa. Es verdad que esta admirable composición no ha sido nunca ejecutada en grande, como la que le dió á Prud'hon la cruz de la legión de honor que el mismo Napoleón le puso en el ojal, nunca salió de diseño, y antes de la revolución de febrero estaba en el despacho de M. Ledru-Rollin. El grabado, por fiel que sea, da difícilmente la idea de la belleza, la inspiración y la fuerza dramática que se vé en esta página sublime; pero á qué hemos de hablar de la hermosura y de las dolorosas peripecias que el pintor ha escrito tan claramente en cada una de estas figuras? Lo único que podemos hacer es lamentarnos de que esta obra

tud por todas partes; su colorido es brillante, acaso demasiado; hay mucho arte y algo de estilo en esa suavidad de pincel que á veces degenera en pastosidad; á fuerza de no querer fijar los contornos, de no querer presentar al ojo sino formas indeterminadas, se cae en una vaguedad, en una incertidumbre que conducen á la incorrección; y en cuanto al colorido, cuando no va unido con la energía, perjudica muchas veces á la verdad.»

Estamos muy lejos de haber citado estas líneas para condenar á Prud'hon; primeramente hay en ellas más elogio que crítica, y después Prud'hon, como todos los maestros del arte, tiene sus defectos y sus buenas cualidades aunque estas son muy superiores á aquellos, pero hemos querido hacer notar la singularidad que el acaso nos proporciona, es decir, Ledru-Rollin y Guizot dándose la mano en el terreno del arte. J. J. ARNOUX.

TEODORO GERICAULT.



El cazador de la Guardia Imperial.

En uno de nuestros últimos números hemos quedado en el *Naufragio de la Medusa*. Este magnífico cuadro que se halla hoy en las galerías del Louvre, no fué comprado entonces sin embargo por el gobierno francés, lo que se concibe fácilmente porque habiendo hecho su aparición en la exposición de 1819 cuando los discípulos de David representaban aun los primeros papeles y ocupaban todos los

puntos por donde el artista podía llegar al renombre y á la fortuna, necesariamente esta obra maestra hubo de ser mirada con muy malos ojos.

En 1820 un inglés compró este cuadro á Géricault, le llevó á Inglaterra, y se puso á enseñarlo por dinero; la suma que produjo esta exposición fué tan considerable que el pintor recibió por su parte más de 20,000 francos de beneficio